

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 12

Febrero de 2007

Palabra de Dios

Él mismo dispuso que unos fueran apóstoles; otros profetas; otros evangelizadores; otros, pastores y maestros, para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo.

Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce al error, antes bien, con la sinceridad en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento y edificación en el amor

(Ef 4, 11-16)

Índice

Crecimiento	1
Enseñanza: Crecimiento en el Espíritu	2
Este Mes: Sacramento de la Reconciliación	5
Para Meditar	9
El Rincón de los Testimonios	10
Recordemos qué es la Renovación	12
Noticias...Noticias...Noticias	13
Ideas para tu Biblioteca	14
A Tu Servicio	15

Crecimiento

Este boletín se presenta de nuevo ante vosotros con el tema del crecimiento espiritual y los sacramentos, que continuará en los próximos números de este año.

El crecimiento espiritual es lo contrario a la idea que tiene el mundo y nuestra carne de lo que significa crecer en el Señor.

Crecer como nos dice la palabra es "llegar todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo"

Nuestra meta es Cristo y solo a través de Él se realiza el crecimiento en Dios para llegar a la perfección.

Para el camino, Jesús nos dejó los sacramentos que con la sabiduría de la Iglesia están distribuidos en los distintos tramos de la vida del cristiano, de tal forma que no nos falte nunca las gracias necesarias para seguirle a Él.

Pero para llegar a la meta tendríamos que tener en cuenta que:

- Crece el que se hace pequeño como un niño. Ese que todo lo espera. Que cree sin límites. Confía sin límites y ama sin límites.

- Crece el que se despoja de todas sus "posesiones" y se pone rápido el mandil y de rodillas besa y sirve a todos, sobretodo a los pequeños, a los indefensos, los débiles, los inseguros, los enfermos.

- Crece el que se introduce en el corazón del Señor despojado de toda sabiduría, de toda seguridad, de toda imagen preconcebida de Dios.

- Crece el que tiene hambre, sed, oscuridad, el que llora, el perseguido, el apartado, el incomprendido por todos menos por el Señor.

- Crece el que permanece fiel, sin escandalizarse de la pobreza del otro y de su comunidad. El que no juzga, sino que acoge con gozo en el corazón, a los hermanos que el Señor le ha concedido y los guarda como un tesoro.

- Crece el que ama lo imposible, lo descarriado, lo sucio, lo inútil.

- En fin, hermanos, crece sin límites el que se deja guiar por el Espíritu Santo.

- El que es fiel a las mociones limpias de su corazón.

- Quien está alegre y confiado en que el Dios a quien el ama, le acompaña, le instruye y le introduce en la intimidad más profunda y seria de su vida y sabe que jamás le va a abandonar.

"Venid a Mí". Venid confiados, seguros, alegres. Venid con todo lo que tenéis, queréis, soñáis y Yo os daré un mundo nuevo, rico en piedad y misericordia.

Rico siendo pobre. Rico no queriendo nada que no sea el Señor. Rico en lo que no brilla. Rico en la espesura del ovillo de tu vida. Rico en perdonar. Rico en su reino en medio de este mundo. Rico en Mí.

Enseñanza: Crecimiento en el Espíritu

Mi primera experiencia del Espíritu Santo se dio en la Renovación carismática. Antes lo conocía, había oído hablar de él, lo había estudiado, incluso había actuado en mí, pero no lo supe reconocer conscientemente. No es que en mi juventud se mencionara mucho su nombre; era, si no el gran desconocido, sí el gran postergado. Nuestra educación voluntarista no lo requería. Las relaciones con Dios se basaban sobre todo en los actos morales y en las buenas obras y esta tarea apelaba, en especial, a la fuerza de voluntad. La perfección buscaba el comportamiento intachable.

Cuando el Espíritu llega, siempre viene acompañado de sus dones, carismas y frutos.

La Renovación carismática vio la luz después del Concilio, con otros planteamientos. El núcleo de tal novedad venía dado por la reaparición en escena del Espíritu Santo. En algunas épocas de la historia se necesita de manera especial la reaparición del Espíritu. Cuando lo hace, la vida espiritual vuelve a la gracia y al anuncio de la salvación gratuita en Cristo. Cuando parece que se ausenta, los hombres volvemos a nuestra inveterada tendencia de salvarnos por nosotros mismos confiando en nuestras obras y fuerza de voluntad. Ahora estamos en una época en la que el Espíritu Santo, como decía Pablo VI, se hace casi tangible. No ha venido por obra de algún programa pastoral, sínodo diocesano o capítulo provincial, sino por sí mismo, por su decisión soberana, ante la sorpresa de todos los que queríamos evangelizar el mundo desde nuestros proyectos, cálculos y buenas intenciones. La aparición de tal personaje, sin que él lo busque, divide, discrimina y denuncia los fraudes en que estábamos incurriendo.

Yo tuve la gracia, a mis cuarenta años, de encontrarme con la Renova-

ción carismática, que ha sido la plataforma desde donde he podido tener un encuentro con el Espíritu Santo. Ni estaba preparado, ni me urgía, ni podía imaginar siquiera que tal cosa pudiera darse. Lo recibí todo como pura gracia, sin mérito alguno, pero mi vida quedó abierta a panoramas totalmente inéditos para mí. Lo más bello, sin embargo, fue que pronto me di cuenta de que el mismo Espíritu actuaba en gente mucho más sencilla que yo, muchos de ellos venidos de la increencia, de la droga, del ateísmo y de otras muchas taras sociales de la actualidad.

Estos hechos revolucionaron mis convicciones espirituales. No eran los mejores, los más dignos, los más preparados, a los que se les daba este don. En la Renovación me encontré con mucha gente que nunca había aspirado en serio a la perfección ni sabían lo que era eso. Estábamos ante una auténtica revolución en la espiritualidad. Ya no eran los esforzados los que llegaban a las altas metas sino la gente sencilla que abría su corazón. Es más, esta gente, ajena totalmente a tales expectativas, al recibir la experiencia del Espíritu se encontraban dotados de auténticos dones místicos.

En efecto, cuando el Espíritu llega, siempre viene acompañado de sus dones, carismas y frutos, y es un hecho que la mística se da al nivel de los dones del Espíritu. Esta gente, y yo mismo, nos dábamos cuenta de que fuimos colocados en una onda distinta, con una experiencia viva del Resucitado, con un lenguaje nuevo, con espíritu de revelación para leer la Biblia, descubriendo la oración de alabanza y de lenguas, viendo a los demás como regalo y comunidad, necesitando dar y escuchar testimonios, experimentando múltiples carismas. Toda esta irrupción y cúmulo de experiencias nos llenó de gozo, disfrutando en nuestras almas de un privilegio inmerecido.

Al ir ahondando en la acción del Espíritu nos damos cuenta de que todo lo dicho es una gran verdad y viene como gracia de lo alto. Sin embargo, también nos percatamos de que todas estas cosas se pueden dar en nosotros sin que crezca al mismo nivel la experiencia de gracia, de caridad, de entrega y compromiso, en definitiva, de santidad. El peligro está en quedarnos apegados a unos dones tan reales y tan bellos, pero no esenciales. Podemos buscar los efectos secundarios olvidándonos de los primarios, con lo que

Sin embargo, los dones y carismas se pueden dar en nosotros sin que crezca al mismo nivel la experiencia de gracia, de caridad, de entrega y compromiso, en definitiva, de santidad.

pasamos a formar parte de una especie de iglesia del Espíritu, alejándonos de la encarnación y de lo pobre. Conozco muchas personas que aborrecen la Renovación porque nos creen gente iluminada y escapista, sin compromiso y sin contacto con la realidad y sin aceptar el peso de la vida y de la encarnación. Creen que lo que nos interesa son las sanaciones, los descansos en el Espíritu y todo género de efectos extraordinarios.

Si fuera así, seríamos gente muy frívola y más nos valdría no haber conocido nunca al Espíritu. Pero no es así. Ahora bien, lo nuestro tampoco es un compromiso ante la realidad y la encarnación, basado en la bondad y en las buenas obras nacidas de la filantropía política o de cualquier simple humanismo. No nos interesa el simple hecho de ser buenos por serlo, ni de ser solidarios o comprometidos con las causas de la humanidad desde nosotros mismos. Sería, como en las sanaciones, otra forma de buscarnos a nosotros mismos y aprovecharnos de

los demás para darnos buena conciencia. El Espíritu nos lleva a otro sitio.

¿Dónde nos lleva? A la humanidad de Jesucristo. La gran obra del Espíritu consiste en recordar a la Iglesia que la santidad y el crecimiento no están en determinados actos morales sino en la persona de Cristo. Nuestra conversión siempre será a Él, no a las obras buenas. Identificar a Cristo con la rectitud moral ha convertido al cristianismo en una religión de obras y no de gracia. La persona de Cristo es la gracia en la que nos sentimos salvados. En ella se une el cielo con la tierra, en ella las cosas de este mundo son aceptadas por Dios, en ella y por ella Dios derrama su caridad y su salvación sobre el mundo. Querer conectar con Dios por las obras sin pasar por la humanidad de Jesucristo es, como en el mito de Sísifo, irritar a los dioses, sufriendo por ello el castigo de la ceguera y de llevar la roca una y otra vez hasta la cúspide de la montaña viendo cómo, irremisiblemente, vuelve por sí sola a rodar hasta el abismo. Solo en Jesucristo el mundo y sus esfuerzos de salvación pierden su vanidad y frivolidad innatas nacidas del pecado.

Lo que más valoro de la Renovación es que haya sido cauce para mi descubrimiento de esta santa humanidad muerta y resucitada, único lugar de encuentro entre Dios y los hombres y entre los hombres y Dios. Desde ella cobra sentido la lucha por la justicia, por la fraternidad, por la igualdad, por la paz en el mundo. Desde ella también, la misma Renovación deja de ser sospechosa de frivolidad e iluminismo. El agradecimiento a la humanidad de Jesucristo se basa en que hemos sido salvados en su cuerpo de carne. Esto no va a suceder en el futuro; ya estamos salvados. El que acoge esta salvación ya no anda luchando para ganarse el cielo, despreciando la obra de Cristo, sino que pertenece ya a un mundo nuevo, a una nueva creación. Como dice San Agustín, es una criatura nueva que puede entonar el cántico nuevo. El que, iluminado por el Espíritu, acepte en él esta obra de Cristo pertenece ya al pueblo de los salvados y redimidos, está en la otra orilla, y entona, como en el Apocalipsis, el cántico del Cordero. ¿Dónde se da hoy en día esta alabanza? Yo le debo

a la Renovación que me haya enseñado a entonar, ya aquí en la tierra, este cántico nuevo de alabanza. Gracias a Dios en la Renovación crece cada día la certeza de que vivimos en ese mundo. Sentirnos como rescatados, frente al mar de cristal, entonando el cántico del Cordero, es el máximo crecimiento al que aspira la Renovación como pueblo de alabanza.

El Vaticano II nos confirma todo esto al decirnos (Sacrosanctum Concilium, 7-8. 106) de la oración pública de la Iglesia que “en la liturgia terrena participamos, pregustándola, de aquella alabanza celestial que se celebra en la ciudad santa de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo, ministro del santuario y de la tienda verdadera, está sentado a la derecha de Dios. Con todos los coros celestiales cantamos el himno de la gloria del Señor”, es decir, el Cántico del Cordero. Lo que se dice de la Liturgia oficial se dice, a su nivel, de cualquier oración comunitaria donde haya dos o tres reunidos en el nombre del Señor, porque en medio de ellos está Jesucristo.

Al ser bautizados en Cristo, al se-

El crecimiento consiste en hacernos semejantes a la humanidad de Jesucristo. Esta santa humanidad es el modelo que el Espíritu va a perfilar en nosotros.

pultarnos con él en el bautismo y la efusión del Espíritu, sometemos nuestra vida al señorío de Jesús o, con otras palabras, le entregamos nuestros pecados, no queremos vivir ya más de ellos. Por eso, en la cruz son asumidos y resucitados y dejan de tener dominio sobre nosotros, con lo que entramos bajo la cobertura de la gracia. No dejamos de ser pobres y pecadores pero no queremos vivir de sus halagos. El pecado da vida y muchos en el mundo quieren conseguirla. Nosotros, no; hemos aprendido a vivir ya en Cristo y por eso el Espíritu nos capacita para ser un pueblo de salvados que entona un cántico distinto. Lo importante es que nos creamos todo esto para no frustrar la acción del Espíritu. Nuestras culpabilidades, racanería y, sobre

todo, nuestro pecado no entregado del todo, no nos dejan sentirnos de verdad salvados, con lo que nuestra alabanza se transforma en una hipocondría en la que en realidad nos miramos solo a nosotros mismos.

El descubrimiento de esta humanidad salvadora es imposible sin el Espíritu. Te tiene que ser revelada. Cualquier contacto con Cristo sin el Espíritu es puro humanismo, destinado a escuchar aquellas palabras: “Aléjate de mí, no te conozco”. En realidad, el que nos salva es Dios, el cual, por medio de su Santo Espíritu nos regaló al hombre Jesús y nos configura con él para poder amarnos. Nada sucede, pues, sin Espíritu Santo pero a dicho Espíritu no le gusta hablar de sí mismo, no nos conduce hacia él, no se nos presenta como el modelo que tenemos que imitar o realizar. El nos lleva a Jesús y a los demás.

El crecimiento no consiste, pues, en hacernos semejantes al Espíritu Santo sino a la humanidad de Jesucristo. Esta santa humanidad es el modelo que el Espíritu va a perfilar en nosotros. Nos va a hacer semejantes a Cristo. Quiere que nos revistamos de sus sentimientos, de su talante, de su forma de ver las cosas y el mundo, en definitiva, de su caridad o amor. Quiere que esta santa humanidad unida en la persona al Verbo de Dios nos introduzca en el misterio de la Santa Trinidad. A Dios nadie le ha visto jamás. No puede ser nuestro modelo. Haciéndonos semejantes a Jesús y, desde él, sí que podemos entrar en el misterio de la familia de Dios y en el de una familia humana hecha a semejanza de la Trinidad.

Hay por tanto dos modos de crecimiento en el Espíritu: como pueblo de alabanza y como comunidad. Para ser pueblo debemos primero crecer en comunidad. La comunidad necesita, de una parte, los dones y carismas. Debemos de estar siempre abiertos a que el Espíritu nos utilice en este sentido. Ahora bien, nuestro crecimiento en comunidad, como vamos a ver, no vendrá dado por estos dones sino por la caridad de los unos para con los otros en Cristo Jesús. En Cristo somos amados por Dios, en él somos justificados, y todo lo que hagamos fuera de él no tiene valor.

Hay dos modos de crecimiento en el Espíritu: como pueblo de alabanza y como comunidad.

Dios actúa con una sensibilidad exquisita al identificarse con una humanidad semejante a la nuestra, haciéndose de ese modo aspiración y anhelo real del corazón del hombre. En Jesús, Dios tiene ojos, labios, oído, corazón, cercanía. En Jesús se puede amar a Dios. En Jesús se hace encarnación como la de cualquiera de nosotros. En Jesús nos hace santos y dignos de él. Tanto es así que el mismo Jesús se atrevió a decirnos que aspiráramos a ser semejantes a nuestro Padre celestial. Evidentemente, a esa meta solo puede conducirnos un hombre que, aunque humano por naturaleza, es de personalidad divina.

El Espíritu Santo nos constituye como pueblo de alabanza para entonar el cántico del Cordero, pero para hacernos verdaderamente pueblo, primero nos tiene que hacer comunidad. Hay varias palabras que, en orden al crecimiento, significan casi lo mismo: gracia, santidad, caridad, mérito. Lo que uno tenga de gracia tendrá de santidad, caridad y mérito, y así de cada una de ellas. Dichas palabras se aplican en primer lugar a la persona de Jesús, porque se la puede amar con vivencias humanas que el Espíritu acrecienta según vamos siendo fieles. A Dios no se le puede amar con vivencia humana, a Cristo sí porque es hombre y, en su corazón, nosotros conocemos y amamos a Dios. Cualquier otro conocimiento de Dios es filosofía. En el corazón de Jesús podemos entrar en contacto con la Trinidad, elevándose nuestras vivencias humanas tocadas por la gracia a nivel de visión mística, casi beatífica, sin dejar de ser humanas.

Para saber que estos amores no nos alienan y nos sacan de la pobreza y de

...los carismas se dan para la construcción de la comunidad. En ellos, de por sí, no está la perfección ni la santidad...

la encarnación tienen que verificarse en la realidad. Por eso Cristo no es alguien que se fue sino que vive entre nosotros por medio de su cuerpo, que es la comunidad. La comunidad es el auténtico baremo para saber el nivel de gracia o de santidad o de caridad o de mérito. Las relaciones humanas son esenciales para este cometido. Yo puedo predicar maravillosamente y tener otros muchos dones, pero si en la vida real soy un egoísta intratable mis dones no me aprovechan sino que me sirven de condenación. Es como utilizar a Dios en provecho propio. Debajo de los dones, incluso de auténticos dones y sabiduría del Espíritu, puede haber mucho pecado, muchos celos, muchos egoísmos, desprecios y búsquedas de sí mismos.

He escrito recientemente un libro y en sus páginas he formulado vivencias que se les han hecho claras a otras personas. Ahora bien, una cosa es formularlas y otra vivirlas. Puedo tener la capacidad de formular bien y aclarar cosas a otras personas que las viven mucho más profundamente que yo. No sabrán pensar como yo, pero pueden vivir con mucha más gracia y caridad que yo y, por lo tanto, estar más crecidas en el Espíritu y ser más santas.

Por eso, para seguir a Cristo y crecer en el Espíritu lo primero es tener comunidad y hermanos. Sin ellos nuestra vida religiosa no pasa de ser fantasía platónica. Dios no da a nadie fe ni le hace santo sin regalarle a la vez una comunidad, por muy pequeña que sea. En segundo lugar, es imprescindible perseverar en la comunidad. Yo esto lo vi claro un día que no tenía ganas de ir al grupo. Sentí que el Señor me decía con fuerza: "Ir al grupo y perseverar en ello es la forma de seguirme". El seguimiento de Cristo es el único camino de crecimiento. La perseverancia en ese crecimiento comunitario nos constituirá como pueblo de alabanza.

Las tentaciones de abandono serán continuas y, casi siempre, muy razonables. Por eso, si te vas, te irás lleno de razón pero sin Jesucristo. Él se queda en el lugar de la injusticia y la sinrazón, porque fue sometido a toda injusticia. Ese es el lugar, aunque a tu razón le parezca imposible, donde el Espíritu Santo te lo va a revelar cada

día más. Aunque crezca nuestra comunidad hasta el infinito siempre habrá pobreza y pecado para que la gracia y la fuerza se realicen en nuestra debilidad.

Para terminar debemos recalcar que en las épocas en las que el Espíritu se hace muy presente, el crecimiento o la perfección se aleja de los esquemas protocolarios y se acerca a las personas por medio de la caridad. La primera persona que el Espíritu nos revela mediante el amor es a Jesucristo en su humanidad, por medio de la cual tenemos acceso al Padre. Seguidamente nos hace sentir a los hermanos en la comunidad como parte esencial de nuestro camino hacia la caridad. Sin hermanos no hay fe ni esperanza ni caridad. Con hermanos llegaremos a ser un pueblo en el que se respire la brisa de la otra orilla.

Lo que sí nos debe quedar claro es que los carismas se dan para la cons-

La santidad y el crecimiento están en la caridad, y se expresan mediante los frutos del Espíritu y las bienaventuranzas. Estas actitudes configuran a un cristiano con la personalidad de Jesucristo.

trucción de la comunidad. En ellos, de por sí, no está la perfección ni la santidad, si bien, ejercidos con fidelidad y perseverancia, engendran mucho amor y, por otra parte, si no existen, la comunidad se muere de frío y se anquilosa y nunca llegará a ser pueblo que marche hacia parte alguna. Debemos agradecerlos y cultivarlos con todo cariño. Ahora bien, la santidad y el crecimiento están en la caridad, y se expresan mediante los frutos del Espíritu y las bienaventuranzas. Estas actitudes configuran a un cristiano con la personalidad de Jesucristo.

Móstoles, 20 de Enero de 2007
Chus Villarroel, O.P.

Este Mes: El Sacramento de la Reconciliación

“Al atardecer de aquel primer día de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: La paz con vosotros. Dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús repitió: La paz con vosotros. Como el Padre me envía también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: A quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados. A quienes se los retengáis, les quedarán retenidos.”

Jn 20, 19-24

Queridos hermanos:

Los que tenemos que hablar con alguna frecuencia, en más de una ocasión -al menos a mí me pasa-, no sabemos cómo empezar. Y así me encontraba yo cuando empezamos la oración. Encarna dijo que las vísperas de los días que tiene que hablar aquí lo pasa mal. Y después nos dijo que había estado viendo a un paciente terminal y sintió que tenía que comunicar al pueblo de Maranatha que teníamos que dar gracias a Dios por infinidad de cosas.

¡Qué bueno es el Señor que así tenía que empezar! porque hoy hace tres años que yo me encontraba en la UVI. Una noche como ayer me operaron de una obstrucción intestinal. Hay motivos para que dé gracias a Dios: a los tres años puede estar hablando quien estaba mudo tres años atrás.

Ayer me acordé mucho de José Luis Martín Descalzo, que escribió un libro que se titulaba “Un cura se confiesa”. Y como vamos a hablar del Sacramento de la Reconciliación, me acordé de él. ¡Y qué víspera me dio el Señor! ¡Qué víspera! Yo podría escribir otro libro que se titulara: “Peripecias de un cura que quiere confesarse y no puede.”

A las 11.30 me vine a Madrid. Tenía que hacer unos recados y me gusta confesarme antes de hablar en público; no sé, para que sea más el Señor el que hable y no un pecador, que a pesar de todo va a ser pecador.

Y me dije: “Bueno, hago los recados y me confieso.” A las 11.30 tenía tiempo suficiente para confesarme e ir a comer a Móstoles. Era mi plan.

Me voy a los Jesuitas de la calle Serrano. Siempre he tenido suerte de encontrar por allí, en la calle Claudio

Coello o en la calle Maldonado, un sitio para dejar el coche. ¡Imposible!

Doy otra vuelta. ¡Imposible otra vez!

Digo: “Bien, me voy a los Agustinos de la calle Príncipe de Vergara.” Eran las doce y pico. Estaban en Misa. Se me había pasado ya media hora. Veo un curita confesando y digo: “Bendito sea Dios”. Había dejado el coche mal aparcado, en un sitio de esos de carga y descarga. Me dije: “... bueno, voy a descargar yo...y luego recojo el coche”. Pregunté a la gente que había allí: “¿Están ustedes para confesarse?”...y cuatro personas tenía delante. “No puede ser padre - me digo- ¡hala!, para afuera”. No podía esperar.

Me digo otra vez: “Voy a dar una vuelta más por los Jesuitas”. Y ¡me metí en un “pitote” de coches en la calle Maldonado...! Nada, otra vez me tuve que ir.

Consigo salir de la calle Serrano y me digo de nuevo: “Me iré a las monjas de la calle Fernández de la Hoz”, que alguna vez me he confesado allí: ¡la iglesia cerrada!

Siguiendo la calle Fernández de la Hoz, hay otra iglesia en la calle García

de Paredes. ¡Imposible dejar el coche. Señor, ¿es posible?

“Voy a ver si esta vez en los Jesuitas está mejor”. Y me acuerdo que en la calle Claudio Coello, cerca de los Dominicos hay un parking. Llego y... ¡completo! Y no os miento en nada. Todo esto me pasó ayer.

Decidido, dejo el coche en el parking de la Clínica del Rosario, donde me han operado tantas veces y de allí me voy a los Jesuitas”. A las 13.00 horas dejaba el coche en el parking. A las 13.15 llegaba a los Jesuitas y justo en ese momento se había marchado el último confesor... Peripecias de un cura que quiere confesarse y no puede... porque los curas también se confiesan.

Llamo a mi compañero a Móstoles y le digo: “Oye, que no puedo ir a comer, tengo que terminar de arreglar unos asuntos y a ver si por la tarde puedo ir”.

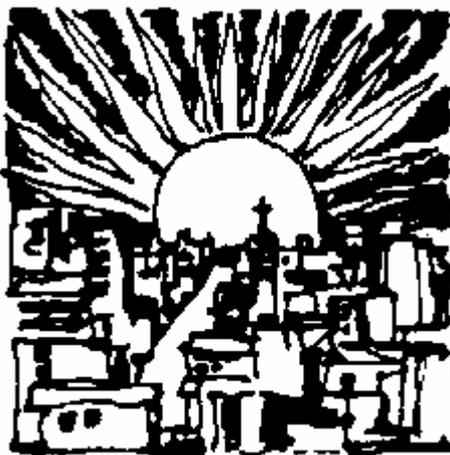
A las 16.30 me voy a Jesús de Medinaceli. Al llegar veo un cartel: Cerrado hasta las 18.30. “Bien, vale”. Yo tenía que estar a las 18,30 en Móstoles, en mi parroquia, para la exposición del Santísimo.

Así que decidí irme a Santa Gema, que es la abogada de los imposibles o algo parecido. Y yendo para allí -¡pero cómo prueba el tentador para que no te confieses...!- un coche se pone a mi izquierda, se para delante de mí y empieza a increparme, sin saber por qué, durante un buen rato, hasta que al fin se cansó y se fue.

Continué hacia Santa Gema donde, por fin, pude confesarme a las 17.30...

Voy a hablar de la confesión, porque los curas también se confiesan.

Hoy, por la mañana, volví a hacer-



me “planes”: pretendía prepararme un poquito esta charla... ¡pues no señor! Me llamó una persona y me dijo: “Yo le quiero ver a usted hoy. Llevo unos días intranquila y quiero confesarme”.

¡Vaya hombre, no habrá mas curas en Móstoles para confesar! No le dije nada de esto, pero lo pensé. ¡Pues tuve que confesar a la hermana! De penitente a confesor.

Esta es la introducción a la que me ha dado pie Encarna al comenzar la oración.

A continuación, se ha cantado “Ven, Señor, a tu pueblo que te espera”. Esta es la oración que hago ahora: que venga al corazón de este pueblo que le necesita. Porque para mí, hermanos, el sacramento de la reconciliación es tan precioso que me da miedo hablar de él, por no poder transmitir y hacer llegar a vuestro corazón todo lo que el Señor quiere comunicaros.

El sacramento de la reconciliación es un sacramento traumático para muchas personas y produce el efecto contrario para lo que está hecho.

El sacramento de la reconciliación es para encontrarse con la misericordia y el amor de Dios. Y yo, como sacerdote, os puedo decir, y mis hermanos sacerdotes podrán decir lo mismo, que muchas veces el amor y la misericordia de Dios no pueden llegar al corazón de su pueblo, porque son tantas las toneladas de miedo que hay en el corazón de los hijos, que no pueden experimentar el amor del Padre.

Por eso le pido al Señor que venga al corazón de su pueblo y que yo os pueda hablar a vuestro corazón.

Me gusta hablar del sacramento del perdón porque lo he sentido en mí y porque el Señor me usa. Me usa.

Cuando oigo a mucha gente que sufre, y se pregunta: “¿por qué yo tengo que decir los pecados a otro hombre?” Es curioso. ¡La de preguntas que se hace la gente...! Y: “¿Por qué yo no puedo confesarme directamente con Dios?”

Y yo digo que por qué esa gente que se pregunta no dice: “¿por qué no consagro yo? Digo: Este es el cuerpo de Cristo, y comulgo”. No, esa gente acude a la Eucaristía.

Y me pregunto: ¿Por qué esa gente, cuando alguno de su familia está enfermo, en sus últimos días, no di-

Jesús de Nazaret ha muerto por ti y por mí, pecadores. Y Él ha saldado tu cuenta y la mía. Y desde entonces ya no cabe el miedo en el corazón cuando uno está liberado por la muerte y resurrección de Cristo.

cen: “Señor, dale la unción y perdónale los pecados?” No, llaman al sacerdote. ¿Por qué? ¿Es que el sacerdote es para el prójimo y no es para él?

¿Por qué tantas preguntas?

No os quiero dar, ni puedo, una clase de teología sobre el sacramento de la reconciliación, ni sé si sería conveniente. Me parece que es más importante llegar al corazón, hablar pastoralmente. Pero, metiendo algo de teología: Santo Tomás de Aquino, hombre santo y sabio, dijo hace muchos siglos, y sus palabras las corrobora nuestro querido Papa Juan Pablo II en una exhortación que se titula: “La Reconciliación y la Penitencia”, publicada en 1984; dicen, el uno y el otro, que “solamente uno puede llegar a Dios para recibir el perdón a través del sacramento de la reconciliación y por medio de sus ministros”. Así es. De ahí que yo haya elegido este texto del Evangelio: “A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados”. Y el mismo Papa dice que “es precioso que el mismo Señor transmita el perdón a través de un pecador”, como yo, que ayer quiso confesarse y casi no se pudo confesar. Es precioso.

¿Lo pudo hacer de otra manera? ¡Claro que lo pudo hacer! ¿Por qué dice: “A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados?” No lo sé, hermanos míos, no lo sé.

“Es que, Padre -dicen algunos- hay algunos sacerdotes... ¡hay algunos curas...! Cierto, cierto. Lo grandioso es eso. Si todos fuéramos tan acogedores y tan buenos, entonces sería hasta agradable irse a confesar. Pero hay que pasar por eso.

Me acuerdo que estando yo en la parroquia de Cárcar (Navarra) le dije un día a un amigo mío, en plan de broma:

-Oye, a ver cuándo te confiesas.

Llevo aquí tres o cuatro años y no has pasado aún por el confesionario...

-Jesús Mari, no me voy a confesar.

-¿Y eso?

-Una vez fui a confesarme, me gritó el cura y ya desde entonces no me confieso más.

-¡Vaya hombre, vaya! No apruebo la postura del cura... pero vamos a ver, si tú vas a un médico y te grita ¿ya no vas a ningún otro médico más?

-¡Hombre no! Busco otro médico.

-¡Busca otro cura! Si buscas otro médico que no te grite, busca otro cura que no te grite. ¡Alguno encontrarás...!

¡Cómo nos defendemos! ¡Cómo nos retorremos para justificar algo injustificable: el miedo que tengo a encontrarme con el amor de Dios!

Una de las facetas del sacramento de la reconciliación es que a través de un ministro pecador, Dios te perdona los pecados.

El mismo Santo Tomás, hablando de nuevo del sacramento de la reconciliación, dice que es un juicio. Y parece que los cristianos nos hemos tirado a lo negativo del juicio nada más. Y es que, ¿quién va a un juicio hoy?

Yo tengo la experiencia de uno realmente horroroso: tenía todo a mi favor, todos me lo decían. Y llego allí y el otro me dice todo lo contrario, que yo era el culpable.

¿Es posible?, me digo. Pues sí, dice mi abogado. Es que a veces uno tiene que defender al otro mintiendo. Estos son los juicios humanos.

Y ¿dónde puede ver Santo Tomás el juicio? Muy fácil: el pecador -yo ayer cuando iba a confesarme- es el reo que necesita de un juez. Y tiene que haber una sentencia. Pero no hemos descubierto esto: LA SENTENCIA SIEMPRE LA TENEMOS GANADA. ¡Ay si todos los juicios de la tierra fueran así...! No me importaría que me juzgaran cada día si tengo todos los juicios ganados.

La sentencia siempre la tenemos ganada ¿por qué? Porque ha habido alguien, Jesús de Nazaret, que ha muerto por ti y por mí, pecadores. Y Él ha saldado tu cuenta y la mía. Y desde entonces ya no cabe el miedo en el corazón cuando uno está liberado por la muerte y resurrección de Cristo.

Otra de las facetas, y así doy pin-

celadas para ver si puedo llegar a los corazones, porque me temo que más de una persona esté sufriendo también en este pueblo de Maranatha por cuestión del sacramento de la reconciliación, es que tiene un valor terapéutico.

En la Renovación tenemos la experiencia de la intercesión, que es un regalo del Señor y, cuántas personas, con sus heridas, sus problemas... llamarlo como queráis... a través de una imposición de manos y de una oración de intercesión, se han sentido liberadas y sanadas. ¡Cuánto más a través del sacramento de la reconciliación, donde hay un poder extraordinario de Dios que perdona los pecados, libera los traumas y sana los corazones! Es el paralelismo de la enfermedad física con la enfermedad espiritual. No nos da miedo ir al médico, porque voy buscando mi sanación.

San Agustín, recuerdo, hombre sabio y santo también, decía, que cuando se iba a confesar, él iba a curarse. ¡Cómo lo conocía! ¡Qué precioso don de sabiduría tenía el Santo! ¡Cómo descubrió toda la profundidad y la grandeza del sacramento de la reconciliación! Iba a curarse.

¿Os acordáis de aquel pasaje precioso, cuando le presentan un paralítico al Señor y le meten por el tejado, porque la casa estaba llena? El Señor le dice: “Tus pecados están perdonados”. La gente se escandaliza. Ahí están las dos realidades, las dos sanaciones: física y espiritual. El poder de perdonar los pecados. La gente se escandaliza. ¿Qué es más fácil, que diga: “levántate y anda” o “tus pecados están perdonados”? El Hijo del hombre tiene todo el poder.

Cuando voy al médico, no me importa que este me diga: “Padre Pitiillas, tiene usted que desnudarse”. Pues bien, ¡lo que usted mande! Y me da vergüenza desnudarme un poco ante el Señor que, en definitiva, es el que me perdona; porque el sacerdote, como nos dirá el Papa, está allí “in persona Christi” como en todos los sacramentos. Está en lugar del Señor. Es Cristo el que perdona. Es Cristo el que dice: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”. Es Cristo. Y el sacerdote está ahí “in persona Christi”.

Entonces, ahí aparece muy claro: “...para que veáis que el Hijo del

hombre tiene poder para decir: tus pecados te son perdonados, a ti te digo: coge la camilla y vete a tu casa”. Y la gente se quedó con la boca abierta. ¿Por qué? Porque lo curó físicamente, lo otro no importa. Si aquí saliéramos por ahí sanando a las personas cojas, dirían: este hombre tiene un poder extraordinario. Pero como el corazón ni se ve y las heridas del corazón no se sienten, solo las siente uno mismo.... ¡Si tuviéramos unos rayos X para ver nuestro corazón, nuestras mentes, nuestras amarguras, nuestras tristezas...! ¡Qué de cosas! Todo esto lo sana el Señor y nadie más que el Señor.

Por eso os digo, hermanos, que sería realmente precioso que descubriéramos ese don y que nos encontráramos con el sacramento de la reconciliación, con ese poder sanador y liberador.

Y yo me pregunto por qué nos costará tanto acercarnos. ¡Como si tuviéramos que tener algún impulso especial o como si fuéramos nosotros los artífices de esto! Cuando uno piensa un poquito, vemos a través de la palabra de Dios que es Dios quien da los pasos por nosotros. Yo así lo descubro a través de la Palabra.

En la parábola que hemos oído, leído y meditado tantas veces, esa parábola del hijo pródigo, ¿vosotros creéis que, por casualidad, el día que el hijo se acerca es que le tocaba salir aquel día al padre de paseo? ¡Es que el padre salía todos los días! El padre daba el paso adelante a ver si venía el hijo. El primer paso siempre lo da Él.

Y ¡cuántas veces sale Él a la espera y no encuentra al hijo!, porque ni vosotros ni yo nos hemos atrevido a decir: Padre, volveré. Y decir “Padre, volveré” no es cosa vuestra ni mía, es cosa de la fuerza y la gracia del Espíritu. A nosotros ya no nos queda más que seguir la fuerza del Espíritu para encontrarnos con el abrazo del Padre.

¿Qué es lo que dice Pablo en la segunda carta a los Corintios?: “Dejaos reconciliar por el Señor”. Como casi pidiéndonos el Señor: “Deja que yo te sane, deja que te ame, deja que te libere, deja que te dé la paz, deja que llene tu corazón, deja que me cargue yo con todos los traumas, deja que mi sangre en la cruz... Eso me pertenece a mí, no me lo robes. ¡No me lo robes!”. ¡Que nos tenga que pedir el Señor, casi por favor, que nos dejemos reconciliar...!

Me acuerdo en este momento de un hombre, al que queríamos mucho, y le queremos. Un hombre que habló mucho aquí y que predicó mucho aquí: Pedro Fernández Reyer. Pues Pedro, en una de las asambleas nacionales, hablando del sacramento de la reconciliación, decía: “¿Qué tenemos que hacer?: lo que hace la ropa en la lavadora. Y ¿qué hace la ropa en la lavadora? Nada. Yo, que tengo que lavar la ropa en Móstoles en la lavadora, cojo la ropa, que es algo manchado, como mi ser pecador es algo manchado, y la meto allí, en la lavadora y la ropa no hace nada, solamente dejarse bambolear por la lavadora. La lavadora es el Señor, decía Pedro. Así de sencillo. ¡Déjate manejar por la



dulzura y el cariño del Señor! Deja que te vaya sanando, que te vaya limpiando, que te vaya purificando, que te vaya mimando... Ese es el Señor dando vueltas a tu vida de pecador para que se manifieste en tu nada toda su acogida, toda su misericordia, todo su cariño, todo su amor. ¡No hay más que hacer! ¿Es que ni nos vamos a dejar que nos metan en la lavadora? ¿Es tan difícil? ¿Qué tiene que hacer el Señor para que le dejemos acercarse a nosotros? ¿Qué tiene que hacer? Decídmelo. ¿Es que lo puede poner más fácil? ¿Por qué nos complicamos tanto? ¿Por qué un sacramento que tiene que ser de acogida, de gozada...?

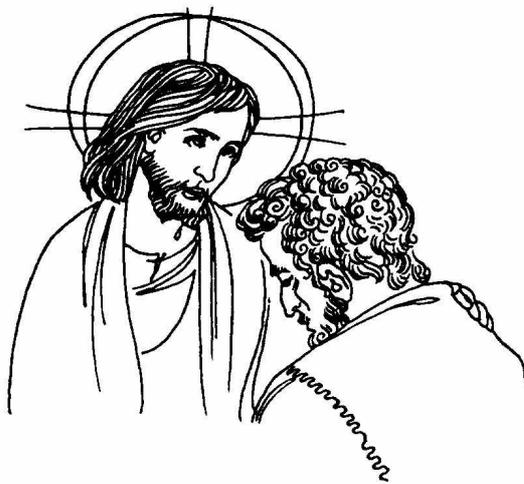
Como penitente yo también he sufrido alguna vez como sufrió mi amigo de Cárcar. Una vez fui a confesarme a Pamplona y no sé, tendría algún pecado de esos gordos, porque también todos somos humanos, los curas no somos santos. ¡Ay madre, si tuviéramos rayos X, igual me daba vergüenza que me vierais! No, no me importaría, porque el amor de los hermanos viene del amor de Dios y me comprenderíais. Pues yo me confesé y aquel buen hombre empezó a gritarme y yo le dije:

“Padre, ¿usted cree que el Señor me recibiría como usted me recibe?”. Y el padre cambió el tono de su voz. Hoy, también os digo, no diría nada de eso, son etapas de la vida de uno. ¿Por qué hoy no diría nada? Porque yo siento que ahí el sacerdote está en la persona de Cristo y si el Señor a través del sacerdote me tiene que gritar, yo me voy a confesar y digo: “Señor, sal por donde quieras y si me tienes que gritar, me gritas. Yo quiero sanarme. Yo quiero experimentar tu amor. Yo quiero experimentar tu perdón. Yo quiero gozarme en ti”.

Ese es el sacramento del amor. Y si algún sacerdote os grita, hacer como diría el padre Darío Betancourt, no sé si habéis tenido la suerte de conocerle, yo creo que muchos de vosotros sí. Darío Betancourt decía: “Que si el padrecito es malo, vete a la primera banca de la iglesia y machaca al Señor para que cambie su corazón. Y ese corazón cambiará”.

Si algún sacerdote os grita, en lugar de salir de allí gritando y decirle a la gente: “no te confieses con ese, que tiene una mala uva de miedo”. Vete al primer banco y dile: Señor, cambia el corazoncito del padre para que al que venga detrás de mí le acoja de otra manera distinta. Rezar. Eso es recibir la misericordia, para ser transmisores de misericordia. Esta es mi experiencia del sacramento de la reconciliación en cuanto penitente.

Y en cuanto a mi experiencia de sacerdote, puede que sea un don que para hablar del sacramento de la reconciliación sea un sacerdote quién lo haga, y os doy las gracias a los que



me habéis mandado hablar de él. Es precioso hacerlo.

Os puedo decir que los momentos más difíciles, más alegres y más tristes, los he vivido con el sacramento de la reconciliación. Y ni para unos ni para otros tengo yo la culpa. Yo he sentido en mi propia vida esa gozada del sacramento y he sentido una pena enorme porque hay hermanos que no quieren dejar que el amor del Padre llegue a ellos. Me diréis, ¿es posible? Pues sí. Hay personas enfermas, sobre todo con escrúpulos, a los que uno quiere transmitir la paz, la acogida y el perdón, y se van a confesar en la misma misa dos veces. Existen. Y uno ahí se siente pobre e inútil y lo pasa muy mal.

Pero también he tenido momentos muy felices en mi vida de sacerdote con este sacramento. El último, precisamente, esta mañana con esa persona que me llamó y que en un principio dije para mí: “Pero, Señor, ayer no me

pude casi confesar y hoy, a la primera, ¡a confesar! ¡Habría más sacerdotes... hay diez parroquias en Móstoles!” ¿Sabéis lo precioso que es cuando una persona se marcha y te dice: “¿Sabes que me marchó la más feliz del mundo y que nunca he sentido lo que he sentido esta mañana?” ¿Sabéis lo que los sacerdotes os tenemos que agradecer que nos hagáis partícipes de vuestras gracias?

Me acuerdo de que, hace unos diez años, estando en la parroquia de la calle Conde de Peñalver en Madrid, de donde me han desterrado para la otra, lo digo con todo el cariño, una persona me llamó por teléfono una mañana y me dijo:

- Oye, Pitillas, quiero hablar contigo.

- Pues bueno – contesté.

- ¿Cuándo puede ser?

Me acuerdo en este momento que Juan Pablo II, en un discurso del 20 de abril de 1979, decía a los sacerdotes: “No os enfadéis, mis hermanos queridos, el sacerdote muchas veces tendrán que dejar reuniones porque no tiene tiempo, pero el sacerdote nunca podrá decir no tengo tiempo cuando alguien le llame para confesar”. Es un don del Señor. A veces nos cuesta, pero es un don.

Y aquella persona me llama y me dice:

- Oye, quiero hablar contigo. ¿Cuándo me puedes recibir?

- ¿Te parece esta tarde?

- Bueno; pero, a lo mejor, después de hablar contigo ya no me quieres hablar más.

Y me dije: “vaya, esto sí que es más complicado”. Colgué el teléfono. Me quedé cuestionado. No sabía si no le iba a hablar porque me iba a contar algo de mí que no me iba a gustar... “igual me va a decir que estoy liado con alguna mujer y yo no lo sé”.

Vino por la tarde, compungido, y me dice:

- Es que me quiero confesar. Llevo mucho tiempo queriendo confesarme y siempre me cuesta dar el paso. Me daba miedo porque a lo mejor no me hablabas más.

Se confesó de sus pecados. De esas confesiones sustanciosas, dicho así, en el plano humano, porque toda confe-

sión es divina. Yo recé por él. Y lo único que le dije es: “Lo que siento en este momento es no poderte demostrar todo el amor que Dios te tiene. Lo único que te digo es que si Pitillas te quería antes, ahora te quiere mucho más, porque le has concedido la dicha de experimentar, aquí, juntos los dos, y palpar, el amor y la misericordia de Dios.

Por eso, aunque muchas veces los sacerdotes nos quejemos de que nos dáis la lata, tenemos que daros las gracias. Y lo hago yo en nombre de mis

hermanos sacerdotes, porque es una bendición; pero no os paséis... porque a lo mejor tenemos cola para confesar... Dadnos trabajo, pero poquito a poco. Es una bendición, no cabe duda, el poder gozar de la presencia del Señor.

Y si encontráis sacerdotes de los otros, de los que gritan, rezad por ellos. Y rezad por los sacerdotes de este pueblo de Maranatha para que, en todo momento, cuando nos sentemos en el confesionario, en una silla o tengamos que confesaros paseando, en-

contréis en nuestro corazón, un corazón que dé la imagen, aunque lejana, del corazón amoroso, misericordioso y acogedor de Dios. Que os pueda recibir como el Señor recibió a aquella mujer pecadora y que os pueda enviar con su paz: “Vete en paz, el Señor te ha perdonado”. ¡Gloria al Señor!

Jesús María Pitillas, O.P.

Para Meditar...

*Del tratado de San Ambrosio, obispo, sobre la huida del mundo
(Unirse a Dios, único bien verdadero)*

Donde está el corazón del hombre allí está también su tesoro; pues el Señor no suele negar la dádiva buena a los que se la han pedido. Y ya que el Señor es bueno, y mucho más bueno todavía para con los que le son fieles, abracémonos a él, estemos de su parte con toda nuestra alma, con todo el corazón, con todo el empuje de que seamos capaces, para que permanezcamos en su luz, contemplemos su gloria y disfrutemos de la gracia del deleite sobrenatural. Elevemos, por lo tanto, nuestros espíritus hasta el Sumo Bien, estemos en él y vivamos en él, unámonos a él, ya que su ser supera toda inteligencia y todo conocimiento, y goza de paz y tranquilidad perpetuas, una paz que supera también toda inteligencia y toda percepción.

Este es el bien que lo penetra todo, que hace que todos vivamos en él y dependamos de él, mientras que él no tiene nada sobre sí, porque es divino; pues no hay nadie bueno, sino solo Dios y, por lo tanto, todo lo bueno es

divino, y todo lo divino es bueno; por ello se dice: Abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente; pues por la bondad de Dios se nos otorgan efectivamente todos los bienes, sin mezcla alguna de mal. Bienes que la Escritura promete a los fieles, al decir: Lo sabroso de la tierra come-réis.

Hemos muerto con Cristo y llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Cristo, para que la vida de Cristo se manifieste en nosotros. No vivimos ya aquella vida nuestra, sino la de Cristo, una vida de inocencia, de castidad, de simplicidad y de toda clase de virtudes; y ya que hemos resucitado con Cristo, vivamos en él, ascendamos en él, para que la serpiente no pueda dar en la tierra con nuestro talón para herirlo.

Huyamos de aquí. Puedes huir en espíritu, aunque sigas retenido en tu cuerpo; puedes seguir estando aquí y estar, al mismo tiempo, junto al Se-

ñor, si tu alma se adhiere a él; si andas tras sus huellas con tus pensamientos, si sigues sus caminos con la fe y no a base de apariencias; si te refugias en él, ya que él es refugio y fortaleza, como dice David: A ti, Señor, me acoyo: no quede yo derrotado para siempre.

Conque si Dios es nuestro refugio y se halla en el cielo y sobre los cielos, es hacia allí hacia donde hay que huir, donde está la paz, donde nos aguarda el descanso de nuestros afanes y la saciedad de un gran sábado, como dijo Moisés: El descanso de la tierra os servirá de alimento. Pues la saciedad, el placer y el sosiego están en descansar en Dios y contemplar su felicidad. Huyamos, pues, como los ciervos, hacia las fuentes de las aguas; que sienta sed nuestra alma como la sentía David. ¿Cuál es aquella fuente? Óyete decir: En ti está la fuente viva. Y que mi alma diga a esta fuente: ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Pues Dios es esa fuente.

El Rincón de los Testimonios

“Te basta mi gracia”

Parece que el lema de la Asamblea estuviera hecho pensando en mí. Sí, el Señor una vez más me ha hecho comprender que sólo Él es mi Señor, mi Salvador y Redentor.

Fueron para mí días inolvidables, ya que todas las enseñanzas, celebraciones de la Eucaristía y la Adoración significaron y están significando un renacer, un renovar mi vida cristiana y de consagrada.

“Te basta mi gracia”... cantado u orado se iba grabando en lo más profundo de mi e invadiéndome con una gran alegría, haciendo que brotara la alabanza de forma espontánea, uniéndome a la asamblea con un entusiasmo que no había experimentado antes. Pero sobre todo lo viví con una gran paz.

Hubo dos momentos en que de forma especial sentí la presencia del Señor. Uno fue en la Adoración y especialmente en el momento en que pasó el Santísimo por las gradas bendiciéndonos. No sé lo que me pasó. Me puse en la presencia del Señor, abandonándome en sus manos, dejándole que Él hiciera en mí su obra.

Todo lo que en ese momento sucedía, los cantos, la misma oración, todo me iba llenado de una sensación de alegría, de paz, de sentirme amada como nunca antes lo había sentido. La alabanza iba surgiendo, el canto en lenguas...

Se me hizo corto y hubiera seguido así toda la noche, pero había que ir a descansar. Sin embargo esa sensación perduró durante toda la noche y cuando me despertaba volvía a la alabanza, a cantar alguna de las canciones que había escuchado.

El otro momento fue en la Eucaristía de clausura de la Asamblea. Fue después de comulgar, en el momento en que el celebrante estaba haciendo

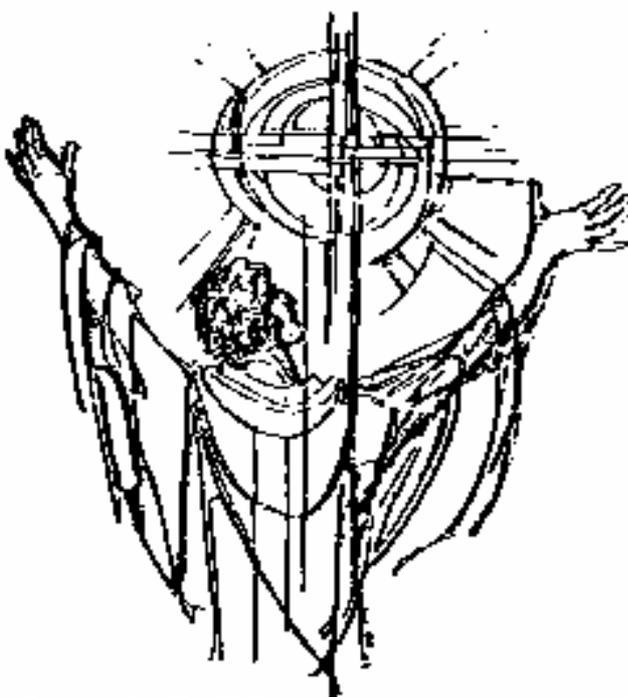
la oración en la que nos invitaba a entregarle todo al Señor.

En realidad, durante toda la celebración había dirigido una súplica constante al Señor: que se hiciera en mi su voluntad, que se manifestara con su fuerza salvadora y sanadora. Que quería ser como el barro en manos del alfarero... y fue entonces cuando se hizo presente el Señor con su amor misericordioso, con su brisa suave. Sentí que las lágrimas aparecían y traté

de retenerlas, entonces sentí junto a mi la presencia de dos de mis hermanas, especialmente amadas y bendecidas por el Señor, mi Fundadora y otra hermana cuya causa de beatificación se está viendo en estos días. Las sentí junto a mí, dentro de mí, apoyándome con su fuerza como si el Señor a través de ellas me dijera: Hija mía, eres mía, yo te amo así como eres y te he elegido para que sigas llevando mi mensaje de amor, de paz y reconciliación por el mundo. No tengas miedo, sé valiente, te basta mi gracia, te basta mi gracia...

Brotó entonces una fuerte alabanza y acción de gracias por el amor tan grande que el Señor me tiene y que con tristeza no correspondo en la misma medida. Ahí ví también mis pobreza, mis debilidades y mi pecado, pero una vez más sentí: Te basta mi gracia, te basta mi gracia. Yo te amo así como eres.

Entendí qué gran bendición es sentir a otros hermanos y hermanas que oran, alaban, dan gracias, cantan la misma melodía, se sienten unidos y hermanos. Es una gran suerte de verdad, creedme, poder compartir con otros lo mismo que tú vas viviendo, los dones que el Señor nos regala a



cada uno y que son para enriquecimiento de todos.

Doy gracias a Dios por haberme dado la gracia de conocer la Renovación, por contar con esos hermanos que aunque no nos conozcamos enseñada sintonizamos. ¡Es el Señor quien lo hace! ¡Gloria a Él!

Todo esto me sigue ayudando a vivir el día a día con otro sentido. Ha revitalizado mi vida de oración, me ayuda a vivir mejor la Eucaristía, a pesar de no poderla celebrar con la calma y tranquilidad que me gustaría. He comprendido que el mensaje de Jesús llega a la gente cuando se habla desde lo que se vive y se ora y no desde lo que se aprende en los libros. Esto lo sabía de forma teórica, pero ahora lo estoy experimentando. Y es por ello que no me cansaré de agradecerlo al Señor y a los hermanas y hermanos que ha puesto en mi camino. ¡Gloria a Dios!

H. Angeles Antolín
Religiosas de Jesús Redentor
Zamora

En este primer Boletín de 2007, haciéndonos eco de la Semana de Unidad de los Cristianos vivida en el mes de Enero, queremos presentar el testimonio de Cesar Vidal, doctor en Historia, Teología y Filosofía y licenciado en Derecho y autor de numerosos libros. Desde aquí le agradecemos sinceramente aceptase la petición que le hicimos.

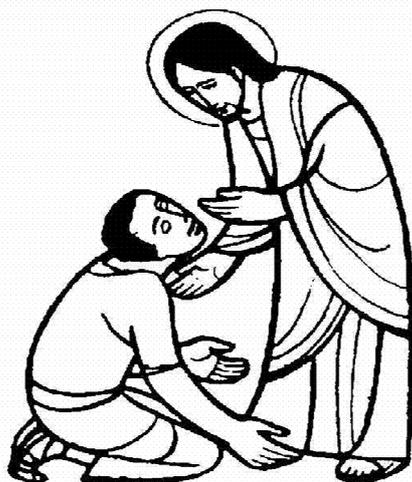
FUE HACE TREINTA AÑOS

Cuentan las crónicas que en el curso de un viaje transatlántico a mediados del s. XVIII, un emigrante que se dirigía a las Indias occidentales se acercó a otro viajero llamado John Wesley y le preguntó: “¿Sabes que Jesús murió por ti?”. Wesley le echó una mirada y le dijo: “Sé que Jesús murió por todos los hombres”. El emigrante repuso entonces: “No te estoy hablando de todos los hombres. Te pregunto si sabes que Jesús murió por ti”. Aunque pueda parecer que la discusión no pasaba de ser una pérdida de tiempo por matices sin importancia, giraba en torno a algo tan decisivo como es pasar de crecer, de manera más o menos adaptada, en un ambiente religioso a experimentar una conversión cuyo centro es Jesús.

Este año se cumplirá el trigésimo aniversario de mi paso por esa experiencia. La manera en que tuvo lugar resulta, a mi juicio, mucho más interesante que los antecedentes educativos o familiares. Sin embargo, debo decir que éstos también tuvieron su peso. Había estudiado el bachillerato de letras con bastante aprovechamiento y cuando entré en la universidad para cursar Derecho me daba pena la idea de perder mis conocimientos de griego. Quizá si hubiera podido comprar una Odisea o un Hesíodo mi vida hubiera discurrido por otros rumbos, pero en aquellos momentos el único texto relativamente accesible en griego era el Nuevo Testamento. Me costó 125 pesetas en una edición muy manejable que forré con el mismo papel en que me la envolvió la vendedora de las Sociedades bíblicas y desde el día siguiente, dediqué una parte de las primeras horas de la mañana a leerlo. Comencé por el libro de los Hechos y recuerdo, por ejemplo, mis dificultades al desentrañar el discurso de Esteban al segundo o tercer día de iniciar aquel plan de preservación del griego. Sin embargo, poco a poco, las

dificultades iniciales se fueron desvaneciendo y comencé a leer casi de corrido aquellos textos.

No recuerdo si fue a la segunda o a la tercera vuelta – desde luego, no fue en la primera – al Nuevo Testamento cuando me topé de una manera muy especial con la carta de Pablo a los Romanos. Por supuesto, conocía el texto, pero en aquella ocasión se abrió ante mi con una luminosidad desconocida. Primero, me encontré con el hecho irrefutable de que era pecador (Romanos 3, 9); segundo, con la terrible certeza de que la ley de Dios no podía salvarme ya que, por el contrario, me cerraba la boca al mostrarme



cuanto me apartaba de ella en mi conducta cotidiana (Romanos 3, 19-20) y tercero, descubrí que podía ser justificado por Dios no por mis obras sino por aceptar mediante la fe el sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz (Romanos 3, 21-28).

Aquella enseñanza sencilla descrita por Pablo me mostraba a un Dios ante el que yo no podía comparecer con mis méritos, mis acciones o mis obras, sino ante el que sólo podía arrodillarme para aceptar el perdón que él me concedía de manera gratuita e inmerecida en Jesús. Captar ese aspecto cambió radicalmente mi vida.

A partir de ese momento, com-

prendí por qué Pablo señalaba que “somos salvos por la gracia a través de la fe y no por obras para que nadie se jacte” (Efesios 2, 8-9) o por qué Jesús nos había comparado con una oveja incapaz de regresar al redil, una moneda perdida que no puede volver al bolsillo de su dueña o un hijo que despilfarra la fortuna familiar (Lucas 15). En todos los casos, es Dios el que acude a buscarnos no porque lo merezcamos o porque nos lo hayamos ganado sino, simplemente, porque nos ama y lo hace – siento ser tan insistente – no porque seamos sus amigos sino a pesar de que somos sus enemigos (Romanos 5, 1-11).

Cuando capté todo aquello, me puse de rodillas y recibí por fe la salvación que Dios me ofrecía en Jesús y mis pecados fueron totalmente limpiados. Como afirmó Jesús, en ese momento pasé de muerte a vida (Juan 5, 24). Decía antes que a partir de entonces cambió mi existencia y es verdad. Como señala Pablo, el amor que Dios me había dado en Jesús era tan grande que me sentí más que impulsado a vivir como El enseña (2 Corintios 5, 14).

Por supuesto, no hace falta que diga que en tres décadas no he dejado ni de equivocarme ni de ser un pecador. Son muchas las veces en que tengo que volver a arrodillarme y a pedir perdón. Sin embargo, a lo largo de estos treinta años Jesús no ha dejado un solo instante de estar a mi lado y Su Espíritu ha seguido gravitando de mil y una maneras sobre mi vida. Ésa es la verdadera clave de lo que pienso, siento, escribo, digo o hago. Y es que, como diría mi releído Pablo, disto mucho de haber alcanzado la perfección, pero prosigo hasta la meta (Filipenses 3, 12).

César Vidal

Recordemos qué es la Renovación

La dimensión institucional y carismática de la Renovación

Allan Panozza

En el documento Tertio Millennio Adveniente el Santo Padre se refiere a la importancia tanto de la dimensión institucional como carismática de la Iglesia. Afirma: "Los aspectos institucionales y carismáticos son consustanciales a la constitución de la Iglesia. Ambos contribuyen, aunque diferentemente, a la vida, renovación y santificación del pueblo de Dios". Creo que la esencia de esta afirmación del Papa es también aplicable a la misma Renovación carismática.

La Renovación Carismática Católica se entiende correctamente como uno de los nuevos movimientos eclesiales nacidos del Concilio Vaticano II. Sin embargo, la Renovación carismática es realmente mucho más que eso. Se define mejor como una "moción" del Espíritu Santo, en donde la gente que responde rindiéndose a su poder, puede experimentar la presencia del amor y la acción de Dios en sus vidas. Tenemos clara evidencia de la gracia poderosa que fluye del ser "bautizado" o "liberado" en el Espíritu Santo. Millones de católicos por todo el mundo han visto sus vidas transformadas por una simple oración de abandono al Espíritu Santo, cuyo efecto principal es entrar en una relación nueva y mucho más profunda con Jesucristo.

Esta transformación de su vida espiritual ha otorgado a muchos una nueva capacidad de reconocer y utilizar los dones del Espíritu Santo. De la misma forma, muchos han experimentado también un nuevo amor por la Iglesia y su vida sacramental.

Yo siempre he amado mi fe católica, pero después de ser bautizado en el Espíritu Santo, experimenté un amor y una devoción más profundos por la santísima Eucaristía. He encontrado una gran paz simplemente sentándome en la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento, y relacionándome con él como mi amigo. También empecé a experimentar el poder

que existe al estar abierto a la acción del Espíritu Santo, especialmente en la búsqueda de una fe más profunda en Jesucristo.

Consideremos por un momento dos dogmas importantes de nuestra tradición católica: la Eucaristía y la fe en Jesucristo. Siempre he tenido una devoción profunda por el sacramento de la Eucaristía, pero después de ser bautizado en el Espíritu Santo, experimenté una revelación poderosa de la realidad de este misterio. Una mañana, al salir de una iglesia después de misa, las palabras de Jesús en el evangelio de San Juan me golpearon de pronto como una bomba. Fui literalmente vencido por el poder absoluto de su promesa:

"El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él..." (Jn 6, 56).

Hasta ese momento mi comprensión "institucional" de la Eucaristía había sido una creencia que simplemente aceptaba como un hecho. ¡Sí, esto es realmente Jesús!: cuerpo, sangre, alma y divinidad, presente bajo la apariencia de pan. Sin embargo, en ese momento de certeza absoluta, recibí una revelación "carismática" en la verdad y poder de la presencia de Jesús viviendo en mí y yo en él. Para mí fue una efusión de gracia, en la que el Espíritu Santo inflamó la esencia misma de mi ser con un "saber" que estaba más allá de poder alcanzar por mi intelecto humano. ¡Jesús vive realmente en mí! ¡Yo vivo realmente en Jesús! Pídele al Espíritu Santo ahora mismo que te convenza de la realidad de esta verdad.

De modo similar, la Iglesia proclama la invitación evangélica de Jesús. "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí" (Juan 14, 1).

Esta es la dimensión "institucional" de la llamada de Jesús a creer en él. Una y otra vez Jesús invitó a sus discípulos a creer en él.

Lamentaba la falta de fe entre su propia gente, e incluso regañaba a los apóstoles: "¿Dónde está vuestra fe?" (Lucas 8, 25).

Sólo después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés estos mismos hombres fueron realmente capaces de poner su fe en el Cristo resucitado, hasta el punto de que cada uno estaba preparado para morir por él. Los milagros realizados por los apóstoles sucedieron por su confianza en Jesús y por el convencimiento de que él estaba todavía con ellos a través de su fe "carismática" en su presencia. Por el don "carismático" de la fe, la Iglesia primitiva creció a diario en número, y al derramar su sangre los mártires demostraron no solo su fe, sino su total confianza en Jesús.

Muchas veces, orando con otros, he compartido con ellos la llamada de Jesús a creer en él. He contemplado dentro de mi propia vida lo que significa confiar en Jesús, y ahora experimento por la dimensión "carismática" de la Renovación que no solo debo creer en Jesús, sino que también debo "confiar" en él. Es la intervención del Espíritu Santo en mi vida la que me conduce a decir con fe absoluta "Confío en ti, Jesús", incluso cuando mis oraciones no parecen ser respondidas como yo deseo.

Por la misión continua que la Renovación Carismática Católica tiene de conducir a la gente a una relación más profunda con Jesús, es importante que le pidamos a Dios todopoderoso dos dones especiales: primero, un amor y una fidelidad "institucionales" por la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo; segundo, e igualmente importante, continuar en la dimensión "carismática", que pone de manifiesto una "vertiente profética", en donde el Espíritu Santo demuestra la realidad de Jesús vivo hoy en el mundo a través de su pueblo, que es la Iglesia.

Allan Panozza

Noticias...Noticias...Noticias

ENCUENTRO REGIONAL para compartir las bendiciones del Señor, bajo el lema:

“VELAD Y ORAD” Mt 26, 41

Fecha: 24 de Febrero

Lugar: Madrid. Colegio del Sagrado Corazón C/ Alfonso XIII, nº 127, esquina a C/ Paraguay (Entrada al colegio por Paraguay)

Transporte: Metro: Colombia (línea 9). Desde la plaza de la Republica Dominicana, coger la calle Costa Rica y la tercera calle a la izquierda es Paraguay. Autobuses: 51, 40, 52 y 11.

Horario: Comenzaremos a las 9.30 con la acogida y terminaremos nuestro encuentro con Eucaristía a las 18.00

Inscripción: La inscripción será de 5 € por el alquiler del local y el pago se hará en la mesa de acogida a vuestra llegada.

Os esperamos a todos para compartir la alabanza a nuestro Dios.

RETIRO EN VALLADOLID

Predicará el Padre Manolo Tercero

LUGAR: En el Centro de Espiritualidad de VALLADOLID.

CALENDARIO: 17 y 18 de Febrero

HORARIO: Comenzaremos el sábado 17 a las 10 con la acogida y a las 11 los laudes. Terminaremos con la comida del domingo.

PRECIO: 45 €

RETIRO DE PENTECOSTÉS

Predicará el Padre Vicente Borragán

LUGAR: En Villagarcía de Campos, pueblo cercano a Valladolid, en la casa de retiros de los Padres Jesuitas. Es una casa que acoge desde hace muchos años los retiros de la renovación en Castilla y León.

CALENDARIO: 26 y 27 de Mayo

TRANSPORTE: Hay autobuses de línea y pondrán un autocar.

Para cualquier información sobre ambos retiros de Valladolid están a vuestra disposición:

Mary Cruz Fernández: 983206469

Nines: 983224252

PASCUA EN HERENCIA

LUGAR: "CASA DE ORACION SANTA MARIA". Avenida Alcázar 55, Herencia. tfno: 926-573464

CALENDARIO: **Del 5 al 8 de Abril**

HORARIO: Entrada la tarde del jueves y salida antes de comer el domingo.

TRANSPORTE: El precio del autobús que pondremos (Madrid-Herencia ida y vuelta) estará INCLUIDO. Para más información Beatriz Carrasco: BEACARRASCO@telefonica.net

COMO LLEGAR:Autovía de Andalucía (A-4), a la altura del Km. 119-120 aparece el desvío hacia la autovía de los viñedos CM-42 (Tomelloso - Alcázar de San Juan -Toledo), en la salida nº 89 de ésta hay que desviarse (Alcázar - Herencia), corresponde al segundo rotulo donde anuncia "Herencia". Se llega a una rotonda, cogiendo dirección Herencia a la entrada del pueblo a la derecha esta la casa.

RETIRO DE PENTECOSTÉS

LUGAR: Madrid. Colegio del Sagrado Corazón C/ Alfonso XIII, nº 127, esquina a C/ Paraguay (entrada al colegio por Paraguay)

CALENDARIO: **27 de Mayo**

TRANSPORTE: Metro: Colombia (línea 9). Desde la plaza de la Republica Dominicana, coger la calle Costa Rica y la tercera calle a la izquierda es Paraguay. Autobuses: 51, 40, 52 y 11.

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSAS

Los dirigirá el Padre Chalo González

LUGAR: Villagarcía de Campos

CALENDARIO: **Del 1 al 9 de Agosto**

PRECIO: 223 €

Enviad vuestra inscripción a: Gloria Pastor C/ Felipe II, nº 6 - 47003' - VALLADOLID

Nueva pagina www.maranatha-rcc.com En el grupo de Maranatha, se ha formado una nueva página Web, donde podéis consultar y bajar toda la documentación que en ella existe, y que esperamos os sirva para evangelizar y ser evangelizados.

Igualmente recordaros la página Web del grupo de Móstoles, y que ya conocéis www.Frayescoba.info

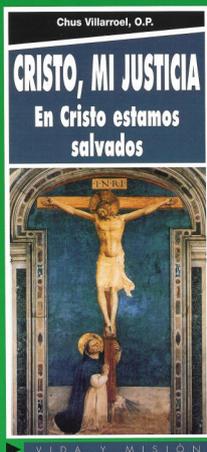
Ideas Para Tu Biblioteca



Autor: María Jesús Casares Guillén

Título: María Madre de la Gracia

Qué maravilla entender cómo es la Virgen grávida, está preñada de misericordia, está preñada de compasión, está preñada de salvación porque Jesucristo se hace carne en ella para tocar toda carne de labios impuros y decirle: "Tu culpa y tu pecado han sido borrados"



Autor: Chus Villarroel O.P.

Título: Cristo, mi Justicia

“En Cristo somos justificados, por sus méritos nos salvamos, si confesamos con los labios y creemos con el corazón que el es el Señor”

Este libro aparte de ser un comentario de los ocho primeros capítulos de la Carta a los Romanos nuestro hermano Chus, nos expone un libro totalmente testimonial y vivencial, partiendo de su experiencia en la Renovación Carismática Católica.

Es éste un libro, según algunos de los que ya lo han leído, para hacer una primera lectura “de un tirón” y después leer una y otra vez mas despacio.

Chus es un dominico entusiasta de San Pablo, como lo era Santo Domingo, que sabía de memoria sus Epístolas, las vivía y las predicaba. Y vive a tope algo que para san Pablo era el abecé de su fe cristiana: la gratuidad de la salvación, porque CRISTO ES NUESTRA JUSTICIA. En Cristo somos justificados, por sus méritos nos salvamos, si confesamos con los labios y creemos con el corazón que El es el Señor.

Aunque este libro es un comentario de los ocho primeros capítulos de la Carta a los Romanos – con mención a otras cartas, sobre todo a los Gálatas- nada mas lejos del objetivo, y del logro, del autor que ofrecer un libro de exégesis o de teorías teológicas. Es una obra vivencial, fruto de la experiencia y de la evolución espiritual del Padre Chus Villarroel, especialmente en la Renovación Carismática Católica, que tanto bien le ha hecho, y tanto bien ha hecho y hace él a la Renovación- Desde sus estudios y docencia de la filosofía del siglo XX hasta su dedicación exclusiva a la verdadera sabiduría, Jesucristo, vivido y predicado, han pasado años de búsqueda y de encuentro que el mismo Cristo ha propiciado gratuitamente.

Al hilo de la Carta a los Romanos, van apareciendo vivencias de gratuidad, experimentadas por el autor o por gentes de su entorno pastoral. Y hasta la situación de nuestra sociedad descristianizada y anticristiana encuentra una respuesta desde la fe para quien opta por Cristo.

Un libro para leer de un tirón y releer despacio, porque cada capítulo, cada frase de Pablo, tiene una actualidad asombrosa para el hombre del siglo XXI.

A Tu Servicio

Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 914395071 (Irene Laín)

e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Irene Laín Martínez

C/ Marroquina, 72 1ªA –28030– Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Mamen Sánchez, Clara Albert, María de la Fuente, Dori Fernández, Mabel Suárez, Encarna Arnedo, Irene Laín